

—¡Ah! (exclamó Thévenin.) ¡Ya veis cuánto la amáis!

—¡Qué importa, si consigo arrancar ese amor de mi corazón!

—Olvidad á René, ó sois perdido.

—¡René!—dijo Roberto, sin fijarse en lo que decía.

—¡Celos, decíais antes!.... Están bien lejos de mí....; pero sois mi amigo, y quiero salvaros.

—¡Ah! ¿No os he dicho que yo llevo la desgracia conmigo, la fatalidad? ¿no lo creéis así? Fijaos en esto: mi padre murió asesinado por una mujer.... Yo....

—Vos, Roberto, podéis llevar la frente alta; podéis olvidar, como os he dicho, y ser útil aún....

—¿Quién ha dicho que yo tengo la fuerza de voluntad que vos? (dijo Roberto.) ¡No me conocéis; yo creo que acabaré por suicidarme!

—¡Estáis loco! Salgamos.... El aire libre os hará mucho bien.

—No; me quedo. ¡Esta habitación! ¡Ella ha estado aquí! ¿Por qué se ha ido? ¡Ah, la infeliz!

Thévenin hizo un gesto de desesperación, dió la mano á Roberto, estrechándola con fuerza, y ahogando un suspiro:

—¡Adiós!—exclamó.

Maquinalmente Roberto le vió salir con rapidez. Cuando se vió solo, no tuvo más que una idea, un grito de su conciencia: «¡Ella me ha engañado!» Y pensando en Thévenin, pero sin comprenderlo del todo, se le presentaba á su imaginación una nueva desgracia: «¡De qué manera me ha dicho adiós Thévenin!»

VI.

Una vez á solas, derramó un torrente de lágrimas, que estaban contenidas; aquellas lágrimas abrasaban sus ojos y sus mejillas, y, sin embargo, sentía consuelo al verterlas, desahogando su oprimido corazón. Miraba con sentimiento el sitio que había ocupado René, y se preguntaba á sí mismo si aquello era una realidad ó tan sólo un sueño. Mientras que la prueba material está patente, permanece uno como agobiado bajo el peso de la desgracia. Pero cuando, ya más tranquilo, reflexiona, se pregunta con frialdad si los malos ensueños no pueden asediarse á uno de día como de noche. Roberto se levantó, y dió algunos paseos por el cuarto, volviéndose á sentar sobre la cama: cruzaba las piernas, se retorció las

manos, y, mordiéndose los labios, contraía su fisonomía con siniestra expresión. Tan pronto exhalaba ahogados suspiros, como gritos de rabia; después, gritos y suspiros se convertían en amargas quejas, y hablaba en voz alta, como si se dirigiera á René. Entonces la maldecía, la lanzaba su desprecio, su rabia al rostro; después se paseaba, golpeándose la frente como un niño incapaz de defenderse y de vengarse.

Se levantó de nuevo, miró con desdén los papeles mal arreglados que tenía sobre su mesa, sus pobres muebles, testigos de sus esperanzas, y, sobre todo, aquel reloj en que miraba la hora para ir á casa de René otras veces. Abrió el cajón de su cómoda, echó una ojeada á todas las cartas y papeles que tenía allí, y buscando la de René, la leyó y releyó, tratando de encontrar las alegrías que experimentaba otras veces al recibir aquellas invitaciones, que le prometían la dicha durante toda una velada. ¡Ah! Aquel tiempo ya pasó. ¡Y estas cartas, tan vanales ahora, habían hecho latir su corazón otras veces! ¡Las estrujaba con propósito de arrojarlas lejos de sí, y luego las volvía á coger, no quedándole de todos aquellos recuerdos más que la desilusión de su alma!

Cogió al azar una carta que tenía los tim-

bres de Montravel y de Bergerac. Era una de su tío, que le conmovió hasta el extremo de hacerle llorar; sin embargo, aquella carta no tenía nada de extraordinario; se reducía á darle algunas noticias del país, de la pequeña Enriqueta y de algunas medallas de oro recientemente compradas á los aldeanos por el honrado tío; contenía además lisonjeros recuerdos, palabras cariñosas y algunos disimulados reproches.

«¡Cómo nos escribes tan pocas veces!» (decía el tío.—Es verdad (pensó Roberto). Miró la fecha de la carta. Era de hacía seis meses. Había escrito después, pero muy pocas veces. En la posdata de su carta, Enriqueta había trazado dos ó tres líneas con elegante letra, pero con alguna timidez. Roberto las contempló largo rato, y después volvió los ojos hacia las arandelas de papel, cortadas por su primita. El tiempo había estropeado el papel color de rosa; la pantalla, despegada, colgaba tristemente, y su amarillo papel se deshilachaba como una tela vieja. Roberto veía aún aquella morena fisonomía de niña que le sonreía de una manera salvaje, pero afectuosa. Tuvo la idea de irse á Périgord á respirar aquel tranquilo aire, y huir de la pestilente calentura que desfilaba París. Porque París, además de las pestilencias naturales causadas por los grandes

depósitos de ciertas substancias y las emanaciones de las aguas estancadas, tiene las de las pasiones. ¡Qué felicidad debe ser el vivir en las praderas y bajo los árboles, donde todo lo que se respira es puro!

Pero pronto desechaba todas estas ideas, ó, mejor dicho, no se paraba en ellas, y volvía á pensar en la señora de Gèvres. Evocaba su recuerdo; la veía de nuevo allí á su lado sonrosada, pidiendo un beso de amor con sus hermosos ojos cargados de voluptuosas promesas; después veía pálida y temblorosa á aquella misma mujer. Sí, era René, agobiada bajo la mirada honrada de Thévenin, inclinando la cabeza humillada, encogida y amedrentada. Hubiera querido aplastarla más aún, arrojándola á la cara el secreto de Thévenin y toda su cólera.

—¿Y por qué? (decía á continuación.) Quiero olvidarla, y nada más. ¡Desgraciada! ¡Oh! ¡Pero cómo mentía, cómo sabía mentir! ¡Pobre Thévenin! Y su pensamiento iba de esta mujer á su amigo. No había visto nunca á Thévenin así. ¡Qué sorda rabia! ¡Qué voz tan vibrante! ¡Él, tan comedido, tan pacífico, se dejó arrastrar por la cólera! ¡Él la aborrece con todos sus cinco sentidos! ¿Y no tiene razón para ello? ¡Cuánto sufrimiento? Compadecía á Thévenin, y luego se preguntaba si René era tan

culpable como Thévenin le había asegurado. Su misma cólera, ¿no podía haberle cegado, extraviando su razón? ¿No podía ser que amara aún á su mujer? Roberto se hacía estas preguntas como para calmar su excitación, y no conseguía sino aumentarla. Vana idea, puesto que René se había amedrentado delante de su marido, como el culpable delante del juez. Además, Thévenin no mentía nunca.

Luego desaparecían á sus ojos todas aquellas escenas de irritante comedia que había representado ante él. Todos aquellos recuerdos, agolpándose á su mente, le desesperaban. Le parecía oír aún asegurarle que le repugnaba el matrimonio, por haber sido desgraciada con el señor de Gèvres, que no había sabido comprenderla; que tan sólo pedía amor á Roberto, en cambio del sacrificio que ella le ofrecía. Todo aquel pasado hería brutalmente su imaginación, haciéndole comprender la verdad. Roberto entonces se sonreía con tristeza, por la confianza y credulidad con que la había escuchado, creyéndola todo lo que le decía. Y viendo aquel desenlace, una rabia sorda se apoderaba de su corazón. Hubiera querido vengarse, ó saber al menos el número de amantes que René había tenido. Esta curiosidad le atormentaba. ¡Amantes! ¡Él, que por tanto tiempo no había sido osado á mirar á aquella

mujer sino de rodillas! Luego, estos desagradables pensamientos le hacían remontarse más hacia el pasado. Veía la pálida figura de su padre sentado en su sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho, escuchando distraído lo que su pequeñito Roberto le decía, pensando en su desgracia y en su dicha perdida, con los ojos fijos sobre el fuego de la chimenea, sin verlo, porque ya estaba enfermo y ciego. Veía también aquella lujosa habitación en que no había entrado más que una vez después de muerta su madre. ¡Qué contraste con la pobreza de la casa paterna!

—Sí, todo aquel lujo y toda aquella alegría (decía) fueron la causa de la desgracia de mi padre.

Su corazón despertó entonces lleno de cólera, y la desconfianza de otras veces se presentó en todo su vigor.

Según paseaba, se vió en el espejo, y le causó miedo su rostro, que parecía haber sufrido toda una eternidad.

La tarde pasó así, en medio de aquella crisis de abatimientos morales y de furiosas resoluciones. La tarde declinaba poco á poco. Al aparecer el crepúsculo, una siniestra sombra cubría los muebles del cuarto de Roberto, que perseguía, distraído, por la rotura de las cortinas, la opaca luz del crepúsculo. No se oía en

el cuarto más ruido que el monótono tic-tac del reloj y el sordo murmullo que subía de la calle. Roberto se sintió cansado, angustiado y nervioso; se recostó sobre su cama, y trató de dormir; el ruido de dos voces animadas le sacó de esta especie de letargo. Eran unos vecinos que bromeaban y reían con una *griseta*. Roberto se irritó, se echó fuera de su cuarto, y se fué á la calle.

No sabía dónde iba; andaba algunas veces de prisa, y otras se paraba de repente en medio de la acera, mirando distraído á los transeuntes. Era la hora en que todo el mundo comía; los obreros se apresuraban á salir de los talleres y á entrar en los *restaurants*, con tanta precipitación algunos, que codeaban á todo el que pasaba á su lado. Roberto seguía. Se encontró, sin darse cuenta de ello, en el muelle, á orillas del Sena; el crepúsculo se presentaba aún con su opaco resplandor, reflejando sobre las casas. Las luces de gas oscilaban en filas ordenadas. Nuestro joven permaneció largo rato parado en la acera, recibiendo codazos de los obreros, sin pensar ni darse cuenta de dónde estaba. Sintió frío, echó á andar precipitadamente, y al atravesar la calle, se metió entre las ruedas de un simón. El cochero empezó á gritar, insultándole. Pero Roberto no sabía que se trataba de él, y seguía

andando, sin fijar su atención en las voces del cochero.

Hasta entonces había conservado, en medio de su sufrimiento, una tranquilidad relativa, que le guiaba. Pero ahora, una fiebre, siempre creciente, le aproximaba al delirio. No había comido. Su nerviosa energía tenía algo de calenturiento. Sin darse cuenta de ello, se encontró en el *boulevard*. El ruido de los coches, la gente que paseaba, con cara de satisfacción la mayor parte, al menos lo parecía, le irritaba. Se puso á leer un cartel, como se hubiera parado á mirar un cuadro ó cualquier otra cosa, por pararse, respirar y distraer su mirada. Se representaba aquella noche *Edipe*, no sé dónde. Hubo un momento en que, parado delante de aquel anuncio, como si algo le fascinase, volvió la vista al pasado, trayendo á su mente los recuerdos del colegio, y reflexionando sobre esa irresistible fuerza que empuja á los hombres á la desgracia.

— ¡*Edipe!*

No le preocupaba más que esta frase, y reconcentrando su memoria, se preguntaba si verdaderamente la fatalidad no arrastra á la humanidad á la desgracia. ¿Quién había puesto al señor Lehardy en su camino para hacerle conocer á la señora de Gèvres (él la llamaba aún la señora de Gèvres), y qué casualidad

había puesto al mismo tiempo á su lado á Pedro Thévenin, marido de aquella mujer? Todo esto le parecía irónicamente siniestro, atroz y horrible. Era el rayo que caía sobre el hombre para reducirlo á cenizas. Y esta fatalidad, unida á las pequeñeces de la vida moderna, á las exigencias del estado, del trabajo, de la posición y de las necesidades materiales, le disgustaban hasta la exasperación. Se separó de aquel anuncio, como si éste hubiera sido el relato de sus tristezas y de su historia. Según se alejaba, volvía la cabeza para mirarlo; sentía algo como alucinación en sus ojos, y su nervioso y robusto cuerpo desarrolló entonces una gran energía para andar y seguir sin fatiga el camino comenzado sin objeto.

Empezó á sentir algo de fresco, y esto le sentaba bien, porque calmaba en gran parte la excitación de su cerebro; se paraba en su incierta dirección de cuando en cuando; después se sentó en el boulevard en un banco frente á un teatro, mirando á las vendedoras de flores, y fijándose particularmente en una vendedora de ramilletes, que cogía flores de violeta de un canastillo, hacía con ellas magníficos *bouquets*, y los ofrecía á los compradores. Roberto, sin darse cuenta de ello, y sin saber por qué, se fijó mucho en aquellas flo-

res, y no quitó la vista, especialmente, de un ramito formado con rosas. Había visto uno igual en un florero en el salón de la señora de Gèvres.

Miraba con fijeza, y la vendedora no hacía caso de aquel joven que, sentado á algunos pasos de ella, parecía un loco. La luz daba precisamente de lleno sobre aquel ramo.

Roberto contempló aquellas rosas, que, aunque pequeñas, eran muy aromáticas, como la mayor parte de las flores que se venden en París. ¡Justamente la señora de Gèvres le había hecho aspirar el aroma de aquel *bouquet*—ó de otro parecido, es lo mismo:—¡qué hermosas flores y qué aroma tan agradable! Un elegante que salía del teatro tomó el ramo á la vendedora. Roberto se levantó de repente.

—¡Ese ramo es mío!—dijo, arrancándoselo de las manos al joven, que quedó vivamente sorprendido. Preguntó el precio á la vendedora.

—¡Cinco francos!—dijo ésta.

Arrojó dos ó tres monedas sobre la mesa de la vendedora, y se fué, oyendo que ésta y el joven se reían de él á carcajadas.

Cuando se encontró solo en una calle poco concurrida, se paró bajo una luz de gas á contemplar el ramo, aspiró su aroma por algunos instantes, y lo arrojó al suelo, pisoteándolo.

Emprendió de nuevo su camino; se le iba la cabeza, y parecía volverse loco.

La noche avanzaba, sin que él pensase en volver á casa.

¡Entrar en su casa para oír las alegres voces y los coloquios de sus vecinos con la griseta! ¡No! Volvió á orillas del Sena, sin saber cómo había llegado hasta allí.

Esta vez tuvo miedo de los pensamientos que cruzaron por su mente, y huyó. El agua parecía tener voz y llamarle.

Entró por una callejuela que iba á salir á una gran avenida. Oyó un ruido sordo y algunos lúgubres gritos. Avanzó hacia el lugar de donde procedía el ruido. Una gran claridad alumbraba la parte alta de las casas; multitud de gente, gritando y empujándose, se apresuraba á pasar. Las voces pedían agua y gritaban: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Roberto se sintió empujado por la espalda. Una multitud de muchachos precedía á los primeros bomberos que llegaban á la carrera. La bomba venía echando chispas. Las antorchas de resina, al proyectar su luz sobre los cascos de los bomberos, los hacían relucir; Roberto quiso alejarse, pero no pudo; le hicieron pasar al sitio del fuego. Comprendió que le forzaban á ayudar, y pasó maquinalmente uno ó dos cubos de agua. Esto empezaba á dis-

gustarle; pero pronto la claridad disminuyó, y el incendio, que Roberto no había visto más que por la claridad de la llama, aunque estaba muy cerca de él, comenzó á extinguirse. Un pelotón de soldados hizo retroceder á la multitud. Nuestro joven recibió un culatazo en el pecho, y entonces se retiró.

Empezó á caer una especie de neblina, causada por la evaporación del agua sobre el fuego, que hacía sombrías y tristes aquellas desiertas calles. Roberto resbaló, y cayó en esa especie de lodo que se forma en casos semejantes. El viento hacía golpear las maderas de los balcones mal cerrados, oyéndose el ruido de algunos cristales que caían hechos pedazos á impulsos de éste. Los pasos de la multitud se apagaban en el barro que se había formado con el agua y el polvo de la calle, no dejando oír más que el sordo ruido de los carruajes de gran peso. La obscuridad era más intensa cada vez, y tan sólo se veía alguna que otra opaca luz de trecho en trecho, sintiéndose un misterioso ruido en el silencio de la noche, producido por las voces, la aglomeración de gente y el viento, que, en medio de aquel accidente de incendio, parecía una cosa siniestra. Roberto estaba solo y soñoliento, y se paró maquinalmente á mirar algunos pintores que concluían de prisa la decoración de un café que iba á inaugurarse

al día siguiente. La puerta estaba abierta, los trabajadores cantaban, y uno de ellos repetía un trozo de una canción bretona. Roberto escuchó, con la mirada fija en el que cantaba, y se conmovió.

Los pintores, fijándose en él, le dijeron:

—¿No entráis? Venga esa mano, ya que el corazón os lo dicta. Y, estrechándola, volvieron á su cántico.

Se alejó, atravesando por calles en que las casas son muy raras y no se encuentran más que tabernas, cruzándose con borrachos y gente sospechosa. Se paró como para darse cuenta de dónde se encontraba. Preguntó qué sitio era aquel, y se dirigió á buscar una fonda; no tenía idea de haber pasado nunca por aquel lugar tan sospechoso. Cuando hubo andado algo calle arriba, se encontró en una plaza plantada de árboles, rodeada de una verja de madera, en donde inmensa multitud esperaba con impaciencia algo. Toda aquella gente era de vulgar fisonomía y de horrible aspecto: Roberto la miró, aunque sin distinguirla bien en la obscuridad, como se mira á un fantasma en medio de un ensueño. Aquella multitud se agitaba y producía un gran murmullo en el silencio de la noche. Al acercarse, oyó palabras y juramentos, pero no se daba cuenta de lo que significaban. Á lo lejos,

entre algunos árboles, estaban levantando una especie de obra misteriosa de carpintería. Se oían sordos golpes que se destacaban por encima del murmullo producido por la gente. Algunos hombres, alumbrados por dos ó tres linternas, trabajaban con precipitación, y aquellas luces reflejaban sobre ellos de una manera singular. Uno de estos trabajadores subió con una linterna en la mano á lo alto del tablado que estaban haciendo. Se aproximó á dos postes que habían levantado rectos y paralelos, alzó el brazo en que llevaba la linterna por encima de su cabeza, é hizo rugir involuntariamente á todo el auditorio. La luz dió de lleno sobre una plancha de forma rara, que proyectaba en medio de las tinieblas una siniestra claridad. El hombre bajó la luz, y la claridad desapareció. Roberto, estremeciéndose, quiso huir: era un cadalso lo que allí levantaban.

Dió algunos pasos, empujado por la muchedumbre siempre creciente; después, retenido por una insana curiosidad, se paró á escuchar lo que á su alrededor se hablaba, dándole vergüenza de lo que oía y miedo de lo que veía. La obscuridad no le dejaba distinguir bien á la multitud, que se movía constantemente, dejando escapar cínicos refranes, gritos horribles, canciones obscenas y silbidos acompañados de aullidos. En las primeras filas de

los espectadores se respiraba una atmósfera de crimen que se desprendía de aquellos patibularios rostros, haciendo poner los pelos de punta, como vulgarmente se dice. Grandes apretones causados por el tropel de gente que seguía llegando, hacían insoportable la permanencia en aquel lugar. Se oían nombres lanzados al aire, disputas, preguntas, respuestas y lisonjas capaces de hacer palidecer al mismo verdugo.

Sin embargo, Roberto permaneció en el mismo sitio. Amaneció, y con el amanecer, arreció el frío de tal manera, que penetraba hasta los huesos. Nuestro joven, pálido, extenuado por el cansancio y con los ojos inyectados de sangre, efecto de tantas emociones como había sufrido, contemplaba el cuadro que tenía á la vista, sin que se preocupara ya del terrible día anterior. Creía que todo era una pesadilla, y se dejó arrastrar por la corriente de los sucesos. Algunas mujeres le rodeaban. Una joven, que había llevado una silla consigo, empezaba á desperezarse, estirando los brazos y pronunciando algunas palabras inconvenientes. En algunos grupos hablaban del último que habían ajusticiado.

—Yo no le vi (decía uno de los concurrentes). No he vuelto aquí desde la ejecución del zapatero.

Un joven vestido de negro bromeaba con su querida, que, apoyando su rubia cabeza sobre los hombros de su amante, le decía:

—Tú me despertarás, ¿verdad?

Y cerraba los ojos, como si se dispusiera á dormir.

—Es de notar (decía uno de los asistentes), que los condenados á muerte, en el momento de leerles la sentencia, vacilan, pierden las fuerzas y caen sin acción. Según Vidocq ha dicho, nadie fuma tan de prisa una pipa como al que le leen una sentencia ó le llevan al patíbulo, por el estado nervioso en que se encuentra.

—¡Pero éste no fumará ya!

Otro de los asistentes, de corbata blanca, quizá un filántropo, llevaba la batuta de la conversación. Carruajes elegantes formaban el claro-oscuro de este siniestro cuadro. Toda aquella turba soez y alborotadora esperaba con impaciencia la llegada del condenado. Muchos se subían á los altos ó se encaramaban en los árboles. La policía avanzó hacia los trepadores, la mayor parte de los cuales descendió con tanta precipitación, que, cayendo sobre los concurrentes, lastimaron á alguno, produciéndose el consiguiente escándalo.

Las ennegrecidas paredes de piedra de la Roquette se destacaban sombrías en medio de aquella multitud. La puerta, pintada de verde,

permanecía cerrada. Roberto no podía comprender que hubiera tras de aquellos muros un ser humano tan próximo á morir por la mano del hombre. Contemplaba el cielo encapotado y frío, reflexionando que si el día aclaraba, no llegaría á ver los rayos del sol aquel infeliz.

Se fijó en los árboles, que, movidos por el viento, lanzaban gotas de rocío sobre la multitud.

—¡Ese desdichado caerá antes que esas hojas! — pensaba meditabundo.

Un brusco movimiento de los que estaban en primera línea le hizo retroceder.

Llegaba el piquete que debía rodear el cadalso.

Roberto se fijó en un hombre grueso, que á la puerta de la cárcel hablaba con un caballero bajito, que vestía un gabán color marrón y tenía un cigarro en la boca.

Roberto, como todo París, había leído el proceso del que, saliendo por aquella puerta, debía subir al cadalso. Era un tal Crosnier, cajero de una casa de comercio, que había envenenado á su querida. Roberto se estremeció cuando leyó el proceso. Se había suscitado muchas veces esta conversación, con los detalles del crimen, en casa de la señora de Gèvres. Él había dejado escapar su indignación, su cólera, todo su horror. La idea del

veneno, sobre todo, el arma de la gente baja y miserable, le irritaba. Después pensó que, al menos, aquella mujer amaba á su asesino. Encerraba aquel crimen una cuestión de dinero. ¡Qué cosa más horrible! El joven se sentía, sin embargo, conmovido ante aquella máquina y aquella reluciente cuchilla, agitándole la idea de que el hombre de gabán color marrón, que reía con tanta tranquilidad, iba á cortar el hilo de la existencia de otro hombre, lleno de vida, á cien pasos de allí. Esta idea le ahogaba. Le entraban deseos de chillar, de defender al pobre sentenciado.

De pronto un ruido, un fuerte murmullo, recorrió como una chispa eléctrica, agitando á todos los congregados. La pesada puerta de la prisión se abrió. Roberto, empujado por la multitud impaciente por presenciar la ejecución, se encontró cerca de un grupo de espectadores que salía por aquella puerta. Había en aquel grupo unos hombres que rodeaban á un joven pálido, que no podía andar, con la cabeza inclinada hacia un sacerdote que le exhortaba, y á quien él parecía no escuchar, á pesar de llevar la cabeza tan inclinada hacia él. Su cuerpo, que parecía desplomarse, iba cubierto por una hopa gris. Sus morados labios temblaban. Era alto, y su encorvadura le hacía aparecer pequeño. Roberto creía aún que todo

aquello era una visión, que no era verdad lo que veía.

Cerró los ojos por un momento, y cuando los abrió, vió que el joven subía al cadalso, sostenido por los brazos. El cura no estaba allí ya. El hombre que fumaba hacia un momento, se aproximó á los pies derechos del artefacto levantado para el suplicio, con el sombrero puesto. Cuando el reo apareció en la plataforma, un temblor bestial agitó á toda aquella muchedumbre que lo presenciaba. El reo tuvo miedo, se echó hacia atrás, buscando con la vista al sacerdote. Le separaron las ropas del cuello, que Roberto pudo ver desnudo, pareciéndole excesivamente largo. El reo se echaba siempre hacia atrás, teniendo que arrastrarle hacia la báscula. Se oyó un grito de dolor, como el grito de un animal á quien degüellan. En un momento le sujetaron, colocándole en la báscula; bajó la cuchilla; se oyó un ruido sordo; el cuerpo cayó dentro de un canasto; el ejecutor cogió la cabeza, y la arrojó con el cuerpo.

—¡Es posible esto!—dijo Roberto.

Echaron agua sobre la plataforma para lavar la sangre. La gente permaneció allí, no queriendo perder ni el menor detalle, sin retirarse hasta que se llevaron los restos del ajusticiado, mirando la cubierta del canasto,

que se agitaba aún por las contracciones nerviosas del cuerpo de éste. Algunos huyeron aterrados y llenos de horror, y Roberto, metiéndose por en medio de aquella baraúnda y acercándose á un carruaje, se fué por el camino que éste abrió, siguiéndole al azar. No se borraba de su imaginación el recuerdo de aquella cabeza arrojada por el verdugo, y cuya sangre, que empezaba á coagularse, formaba una especie de fleco. Una lluvia espesa empezó á caer, sin que él se diese cuenta de ello; andaba con tal rapidez, que cualquiera, al verle, hubiera creído que era un cómplice del asesino que huía. Iba instintivamente alejándose de aquel lúgubre lugar, del lado por donde había ido á él. Estaba descompuesto, lívido, ojeroso y sin aliento. Le parecía que su cabeza iba á estallar, y sentía intensos calofríos; atravesaba por uno de esos períodos en que no se da uno cuenta de lo que le pasa. La casualidad le llevó hasta su domicilio. Subió la escalera en dos saltos, llegando sin aliento, extenuado y descompuesto, á su cuarto; arrojó lejos de sí el sombrero, dejándose caer como desplomado en su cama. Trató de reflexionar sobre todo lo que le había pasado, y le pareció que la habitación daba vueltas á su alrededor. Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se quedó dormido.

VI.

René tuvo también su calentura, que le duró toda la tarde y la noche de la víspera. Se había apoderado de ella una sorda cólera, que, por lo mismo que era sorda, era muy violenta. ¡Vencida! Era preciso ponerse en guardia y rehacer lo deshecho por Thévenin.

Retrocedió ante su marido, y Roberto la había visto palidecer de terror. Cuando repasaba en su memoria aquella terrible escena en que todo su pasado se le presentó como un espectro encarnado en Thévenin, sufría violentos accesos de rabia. Su orgullo crecía y se multiplicaba más y más por el odio que guardaba en su corazón á su marido.

Si la pérdida del cariño de Roberto reconociera otra causa, se hubiera resignado; pero ceder á Thévenin, vérselo arrebatado por aquel cuyo yugo había sacudido y que, en el momento en que menos pensaba en él, se interponía entre ambos, ejerciendo una superioridad tal sobre ella, que llegaba hasta el extremo de hacerla temblar y huir, esto la abrumaba, irritándola y poniéndola fuera de sí.

Se encontraba verdaderamente enferma.